

# **¡Después del Centenario! Trabajemos en la M.I. del futuro**

Fr. Raffaele Di Muro OFMConv, Presidente Internacional de la M.I.

## **Introducción**

La Milicia de la Inmaculada (en lo sucesivo “M.I.”) ha vivido recientemente las celebraciones del Centenario de su fundación. Fue un momento verdaderamente fuerte y rico con pautas para un crecimiento de nuestra asociación. Como saben, durante las celebraciones del Centenario, una comisión de milites provenientes de todo el mundo ha trabajado sobre el futuro de la M.I. resaltando las líneas para su próximo camino. Tengo la alegría de poner a vuestra disposición un documento que he elaborado sobre la base de las sugerencias de estos queridos hermanos y hermanas, que han ofrecido su propio aporte “leyendo” el momento actual de nuestro movimiento, dando indicaciones para el futuro. Esta es la fuente de este documento, que puede ser definido, justamente, como programático, y que con gusto pongo a consideración de los milites de todo el mundo para que nuestro camino tenga mayor vitalidad y convicción después de la conmemoración de nuestro Centenario.

### **1. El carisma de la M.I. hoy**

El fin de la Milicia es la conversión y la santificación de cada hombre, a través de la intercesión de la Inmaculada y el compromiso fiel y creativo de los miembros de la M.I. La conversión debe comenzar con un trabajo sobre nosotros mismos, cambiando nuestra mentalidad. Se necesita fidelidad al carisma kolbiano, una fidelidad dinámica que refleje la realidad actual y no una simple copia. En la conversión miramos a María, nuestro modelo en el crecimiento espiritual continuo, liberándonos de la mentalidad mundana, cultivando la humildad y el espíritu de servicio. El milite está llamado a hacerse un don para cada hermano, consciente de que Jesús nos ha entregado un gran don: ¡María! Con Ella en el corazón, donamos caridad a cada hermano.

Acerca de la conversión personal, es necesario recordar las palabras de San Maximiliano: “Es evidente que tenemos que estar en guardia, ya que más de una vez el amor propio, nuestro “yo”, se rebelará. Las dificultades más diversas, las tentaciones, las contrariedades, en algunos momentos casi nos superarán. Pero si las raíces se hunden cada vez más en la tierra y la humildad se arraiga cada vez más profundamente en nosotros de manera que nos fiemos cada vez menos de nosotros mismos, entonces la Inmaculada hará que todo sea para nosotros un aumento de méritos. Sin embargo, son indispensables las pruebas y sin duda vendrán, ya que el oro del amor debe purificarse en el fuego de las aflicciones [cfr. Si 2,5; 1Pe 1,17], más aún, el sufrimiento es el alimento que

refuerza el amor” (EK 755). Estamos llamados a una conversión continua, a un constante renacer interior que nos permite evangelizar primero a nosotros mismos y después a las personas que encontramos. Este aspecto del carisma kolbiano no conoce límites de tiempo, es siempre válido. Quien vive el propio camino de fe en la M.I. está llamado a mirarse adentro y trabajar con solicitud sobre el propio corazón para estar siempre disponibles a acoger la vida nueva que el Señor nos dona, propio como ha hecho María.

Es muy válido y posible poner en práctica el siguiente escrito de San Maximiliano: “La Inmaculada: he aquí nuestro ideal. Acercarnos a Ella, hacernos semejantes a Ella, permitir que Ella tome posesión de nuestro corazón y de todo nuestro ser, que Ella viva y obre en nosotros y por medio nuestro, que Ella misma ame a Dios con nuestro corazón. Pertenerle a Ella sin restricción alguna: he aquí nuestro ideal.

Penetrar activamente en nuestro ambiente, conquistar las almas para Ella, de manera tal que frente a Ella se abran también los corazones de nuestros vecinos, para que Ella extienda su dominio a los corazones de todos aquellos que viven en cualquier rincón de la tierra, sin tener en cuenta la diversidad de raza, de lengua, y también a los corazones de todos aquellos que vivirán en cualquier momento histórico, hasta el fin del mundo: he aquí nuestro ideal.

Además, que su vida se arraigue cada vez más en nosotros, de día en día, de hora en hora, de momento en momento, y eso sin ninguna limitación: he aquí nuestro ideal.

Y que esta vida suya se desarrolle del mismo modo en cada alma que existe y existirá en todos los tiempos: he aquí nuestro ideal” (EK 1210). También hoy la Inmaculada es nuestro ideal porque el confiarnos a Ella tiene repercusiones importantes en nuestro camino de conversión y seguimiento misionero que se renueva gracias a nuestra constante escucha de la voz del Espíritu, así como lo hizo Ella. S. Maximiliano demuestra que el carisma que el inauguró es siempre renovable y puede ser actualizado gracias a la acogida de las inspiraciones divinas en el corazón de cada militante.

El primer campo de trabajo misionero es, según el pensamiento y el testimonio de S. Maximiliano, el propio corazón. Se trata de **evangelizar a nosotros mismos**, de trabajar con constancia sobre las características de la propia persona para hacer prevalecer en las propias acciones y el corazón, un amor cristalino hacia el Señor y hacia los hermanos. El compromiso es vencer los grandes enemigos, el egoísmo, el orgullo, la soberbia que entorpecen las intenciones y las motivaciones del fiel. Los religiosos y los creyentes en general están llamados a afrontar esta difícil y delicada lucha que, de todas maneras, es una expresión del amor hacia el Altísimo y del deseo de un siempre mayor crecimiento espiritual. Kolbe, con sus escritos y su ejemplo, invita claramente a hacer prevalecer en todo la virtud de la humildad que permite tener la justa percepción de la propia persona delante de Dios y del prójimo y de depender con todas las propias fuerzas

exclusivamente de la presencia amorosa y providente de Dios, mediada en modo admirable por la Madre de Dios. Es necesario, por lo tanto, vigilar constantemente nuestro corazón para lograr limpiarlo cotidianamente de todo lo que le impide una donación perfecta, dejándonos conquistar constantemente por el amor de Dios, del cual la Inmaculada es una maravillosa expresión.

La M.I. está llamada a hacer un cuidadoso discernimiento en perfecto estilo kolbiano. El mártir polaco enseña a **poner mucha atención al contexto social en el que vivimos**, para encontrar las adecuadas modalidades misioneras para introducirlas. En sus tiempos, el santo individuó en la masonería y en los totalitarismos los elementos que iban cambiando peligrosamente el sentir religioso de la humanidad. Nuestra asociación está llamada a interrogarse sobre las situaciones críticas que vive nuestra sociedad para desarrollar una acción apostólica que sea portadora de paz y apoyo espiritual. Hoy las realidades como consumismo, individualismo, indiferencia, marginación, no pueden dejarnos indiferentes.

Estas y otras plagas tienen que ser bien estudiadas para comprender en qué modo poderlas cristianamente afrontar. Por ejemplo, la M.I. puede ciertamente hacer un poco más en el plano del apoyo a aquellos que son excluidos de la sociedad o en el campo del diálogo con los migrantes. Ciertamente en estos ambientes hay una palabra más para decir. Nuestro movimiento no puede y no debe atrincherarse sobre posturas adquiridas, sino que debe buscar de evolucionar la propia capacidad de hablar al hombre de hoy.

¡Nunca olvidar **la comunión!** En el año 2018, la comunión es propio el motivo de reflexión de toda la familia kolbiana. Para que el carisma de S. Maximiliano pueda ser vivido y transmitido de la mejor manera, es fundamental actuar como una única familia que, a pesar de las propias diversidades y originalidades, procede compacta y en plena comunión. Solo así nuestro mensaje será verdaderamente creíble.

## **2. La misión de la M.I. hoy**

La M.I. hoy está llamada a hacer revivir el fervor de S. Maximiliano en el trabajar por la conversión de todos los hombres: es un proyecto ambicioso. En nuestra misión recordamos y actualizamos la pasión por la conquista de las almas vivida por el padre Kolbe. Todo esto es realizado gradualmente, vez por vez, prestando atención a cada persona concreta presente frente a nosotros. Los milites están llamados a ser instrumentos de la Inmaculada hasta el punto de hacerse como María. Relevante es el aspecto del espíritu de **acogida del otro**, una acogida sin prejuicios, llena de ternura. Las personas son acogidas independientemente de su historia personal (cfr. EK 1175). El milite da testimonio con su vida en el mundo, expresa su perfil cristiano. En la realización de nuestra misión debemos hacer todo con amor y por amor porque “solo el amor crea” (EK 1205).

Además, “Cuando el fuego del amor se enciende, devora, absorbe otros corazones” (EK 1325), Va custodiado el fuego que el Espíritu Santo ha encendido en nuestro corazón para exhortar a todos los cristianos a reavivar el fuego del amor hacia Dios. ¿En qué modo?

- A través de una **oración** insistente, continua, constante, a través de sacrificios cotidianos, ofreciendo nuestra cotidianidad a Dios;
- Mediante el impulso de Kolbe o también cultivando en nosotros su **impulso (empuje)... interior a la misión.**
- Con **el salir** del grupo para ir por el mundo y transmitir este fuego.

Debemos continuamente vivir nuestra misión «en salida» para ofrecer una respuesta y un apoyo a las pobrezas del mundo en las periferias de la existencia humana. El milite no está llamado a dar soluciones, sino ser con la propia vida una respuesta. Debemos salir de prisa como María para llevar a Jesús. El celo renovado por la misión estimula la fe y la pasión del milite, despertando e apasionando el corazón de las personas que encuentra. Significativas son las siguientes expresiones de S. Maximiliano: “En cuanto al programa de actividades, la experiencia acumulada me ha enseñado a no limitarme demasiado a reglas y reglitas, sino a dar espacio a una mayor espontaneidad en los proyectos y en los propósitos. Es sobre todo la conformidad a la voluntad de la Inmaculada el secreto del éxito; la oración, es decir, la oración humilde, confiada y amorosa infunde luz al intelecto y da fuerza a la voluntad. La misma Inmaculada elimina los impedimentos [...] los miembros de la Milicia, por el contrario, aunque sean el alma de todo, deben mostrarse al exterior *lo menos posible*. Que nadie los conozca. Así será posible entrar en muchos lugares donde, a cara descubierta, encontrarían las puertas totalmente cerradas” (EK 92). El milite debe estar presente **en todas las dimensiones de la sociedad**. Los milites deben **salir de sus propios esquemas para actuar**.

Estamos llamados a ofrecer nuestro anuncio cristocéntrico a la humanidad, comunicando a todos, sobre todo con nuestro testimonio, el amor de Jesús hacia cada hombre, y la importancia de la presencia de la Inmaculada en la vida de cada uno, sin cansarse nunca. El trabajo incesante por la Inmaculada es una característica fundamental para quien cumple un camino de fe en la M.I., según el estilo enseñado por S. Maximiliano: “he aquí nuestra tarea, que es muy sencilla: afanarse todo el día, matarse de trabajo, ser considerado poco menos que un loco por los nuestros y, agotado, morir por la Inmaculada. Y, dado que no vivimos dos veces en esta tierra, sino una sola, es preciso profundizar al máximo, con gran parsimonia, cada una de las expresiones precedentes, para demostrar lo más posible el propio amor a la Inmaculada” (EK 301).

Cada miembro de la M.I. cultive la máxima docilidad a la acción del Espíritu. **No existen formas de apostolado estándar** para nuestro movimiento. El padre Kolbe nos enseña a escuchar lo que el Paráclito sugiere para renovar nuestra misión. Este santo ha sido muy versátil en su acción pastoral. Ha obrado en los campos de la formación, de la prensa escrita, de la radio, del apoyo a los marginados y como apóstol del campo de concentración. No se ha encerrado sobre posturas adquiridas, sino que se dejó conducir por el soplo del Espíritu, a imitación de la Inmaculada, maestra de acogida de las inspiraciones divinas. Es para nosotros urgente trabajar de este modo, para expresar la misionariedad en línea con la voluntad de Dios y con las necesidades que provienen de la humanidad.

Utilicemos de la mejor manera posible **todos nuestros talentos y toda nuestra creatividad** para ser incisivos en el perfil apostólico. Cada uno es rico de carismas para poner al servicio de la Iglesia y de la humanidad. Los líderes del movimiento estén atentos a valorizar al máximo las características de cada mlite, justamente sobre la estela de S. Maximiliano, que ha siempre tenido una atención particular a los dones de los propios colaboradores. También mediante los dones que cada uno lleva en el corazón se puede aspirar a una misión siempre nueva. Cada mlite se sienta como un don único para toda la asociación.

No falte nunca el coraje. Como S. Maximiliano obramos confiados en la Inmaculada, sin miedo, con pleno abandono en Dios, y con la certeza de que cada actividad será sostenida por Ella. Como el santo polaco, actuemos siempre con la certeza que nada no es impedido y que también las obras más innovadoras son posibles y practicables.

### **3. Propuestas concretas para el futuro**

La misión continúa siendo el futuro para la M.I., como se ha tenido la oportunidad de afirmar durante el Centenario [de la fundación de la M.I.]: “Un aspecto determinante en la vida de la M.I. es representado por la misión, una dimensión que siempre ha caracterizado este movimiento y que representa el pasado y el futuro. La misión era y es un aspecto prioritario en el camino de la asociación kolbiana y es por eso importante encuadrar en la óptica misionera el recorrido vivido en estos cien años, y también a las perspectivas futuras en perfecto estilo kolbiano [...] el trabajo apostólico no puede tener límites de espacio y de tiempo, se cumple en todo lugar y con la máxima participación de personas que comparten el mismo ideal y la misma finalidad evangelizadora. Todo el mundo es tierra de misión, por lo cual es necesaria una mejor formación teológica y cultural a fin de permitir un óptimo impacto en los destinatarios del mensaje evangélico. El misionero es aquel que piensa y obra en grande, sostenido por la gracia divina. Kolbe sueña en grande y por esta razón la M.I. todas sus iniciativas apostólicas nacen con una finalidad de amplio espectro y con una

dimensión universal” (R. DI MURO, *Cien años de misión. Un año para reflexionar, para volver a partir con confianza y fuerza*, <http://www.mi-international.org/centenario.html>).

Una perspectiva que involucra a la *M.I.* de hoy es sin duda aquella de valorizar y actualizar el carisma de S. Maximiliano. El santo ha dejado una huella indeleble en el mundo franciscano y en la Iglesia. Su mensaje y su testimonio van redescubiertos sobre la base de las exigencias del hombre y de la familia eclesial contemporáneos. La misión y el martirio de S. Maximiliano tienen un gran encanto todavía hoy y es importante que el movimiento fundado por él redescubra los elementos fundamentales de su estructura teológica, planificando en modo que estos puedan ser introducidos en la realidad contemporánea.

La *M.I.* está llamada a descubrir siempre más su **vocación misionera**. Hoy es todavía válida la misión para la cual ha nacido: llevar a la humanidad al amor y la luz de Cristo y la presencia preciosa de la Inmaculada. Actualmente el hombre tiene necesidad de ser iluminado por el mensaje cristiano y de conocer la caridad materna de la Virgen María. Para esto la asociación está llamada a una evangelización que emplee todos los medios posibles para alcanzar los corazones, según diría el papa Francisco, las periferias del mundo.

De hecho, “la Iglesia «en salida» es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para alcanzar las periferias humanas no quiere decir correr hacia el mundo sin una dirección y sin sentido. Muchas veces es mejor ir despacio, poner de un lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar a quien ha quedado al lado del camino (Francisco, *Evangelii Gaudium*, 46). Las palabras del papa Francisco representan un espléndido estímulo para buscar a cuantos viven oprimidos en las periferias del mundo y donarles un alivio con las palabras y con las obras. Este es el estilo enseñado por Kolbe, siempre listos para individualizar la humanidad que sufre en el espíritu y en el cuerpo y tomar medidas para ofrecer una contribución efectiva para su bienestar. Las invitaciones del Pontífice deben representar hoy un gran estímulo para toda la asociación.

La *M.I.* está llamada a continuar sobre el camino de la valorización de los laicos, los cuales ya hoy juegan un rol importante, pero en el futuro están llamados a dar más todavía para mejorar la misión a ellos confiada. Permiten ellos un ulterior desarrollo del fenómeno de internacionalización en aquellas áreas en las cuales no están presentes los cohermanos de Kolbe o donde los religiosos no pueden entrar. **Los jóvenes** son muy sensibles a la historia del mártir polaco, por esto tienen que ser considerados al máximo sus talentos y nunca mortificar su gran creatividad. La actividad con los muchachos, está creciendo, pero se necesita incrementarla. La *M.I.* cree mucho en sus jóvenes y sabe que ellos pueden dar un nuevo empuje a nuestra fundación.

Además, los milites de todo el mundo están llamados a no olvidar la importancia de un continuo crecimiento en el uso de la tecnología, también aquella más sofisticada, para el anuncio y el testimonio del Evangelio. Se trata de desafíos de gran alcance a los cuales es necesario responder con la **determinación de Maximiliano**.

Esto será posible con una mayor visibilidad de la M.I. en el mundo, índice de una atención a las dificultades de la humanidad, a las cuales irá al encuentro una válida e incisiva acción misionera «a todo terreno» según el estilo de S. Maximiliano. Es este contexto la relación entre la asociación y los frailes menores conventuales se revelará de fundamental importancia para que el carisma kolbiano pueda ser perpetuado y difundido. La formación misionera, ofrecida y favorecida por el Centro Internacional, será necesaria para dar unidad al movimiento que tiene necesidad de sentirse una gran familia en misión en todo el mundo, que ofrece todo su empeño para custodiar los valores cristianos de los cuales la Iglesia es portadora. Nunca la acción misionera tiene que ser estandarizada, sino siempre renovada y siempre útil para el crecimiento espiritual de todos los hermanos.

### **Conclusión**

Después de este evento los invito ante todo a continuar ofreciendo la propia contribución para que el hombre de hoy, prisionero de la mentalidad mundana, se convierta y se haga disponible a ir al encuentro del Señor que le ofrece su misericordia. Que esto se produzca a partir de la *metanoia* de nuestro corazón que, según S. Maximiliano Kolbe, es el primer campo de misión: en nuestros gestos se note la alegría de vivir el Evangelio y de seguir al Señor con la fidelidad y el emprendimiento de la Inmaculada.

No nos cansemos de evangelizar con dedicación y determinación en el ambiente en el que vivimos. Como ha sugerido S. Maximiliano, llevemos por todas partes el amor de Cristo y la ternura de María. Él mismo ha sido protagonista de una misión sin límites, con la cual ha tratado de hacer - en todo lugar sin miedo - un anuncio evangélico, que luego ha admirablemente testimoniado en Auschwitz. Continuemos dando el máximo en el proponer en cada lugar y con todos los medios la vida nueva que Cristo ofrece.

Cultivemos el estilo de acogida, como S. Maximiliano, el cual acogió a todos con un corazón siempre abierto. Lo recuerdo en el campo de exterminio cuando logró dar coraje a personas de toda proveniencia y extracción, hasta el don de la propia vida en beneficio de un padre de familia. Su ejemplo es extremadamente luminoso para el hombre de hoy.

Tras los pasos de Kolbe estamos llamados a no encerrarnos en un intimismo sin frutos, sino a salir al encuentro de los hermanos, comprender sus fatigas, necesidades, sufrimientos y ofrecer a ellos todo nuestro apoyo, a través de una efectiva colaboración, que esté en grado de generar alegría y alivio.

Nosotros pertenecemos a la Inmaculada en función de nuestro acto de confianza a Ella: acogemos su ejemplo de caridad en el ir donde Isabel y de su atenta presencia en las bodas de Caná. Nuestro carisma es verdaderamente muy rico. Actualicémoslo y valoricémoslo, según lo que el Espíritu sugiere. Aprendamos de Ella un estilo misionero concreto, eficaz y siempre abierto a la voluntad divina.

Vivamos con convicción y confianza el lema kolbiano “Solo el amor crea”. Sembremos por todas partes caridad y benevolencia, contribuyendo de esta manera a liberar a la humanidad de los ataques del odio y de la guerra, para que el amor de Cristo triunfe siempre en cada corazón y en todo lugar.

Me agrada concluir esta carta con una exhortación de S. Juan Pablo II que quisiera que hagamos nuestra: “Sean fuertes en la fe y vivan con entusiasmo los compromisos de la Milicia de la Inmaculada, a la cual pertenecen, siguiendo la enseñanza y los ejemplos del padre Maximiliano Kolbe. «Sufrir, trabajar, amar y gozar»: este es su programa y la síntesis de su vida. Sea así también para ustedes, con la ayuda de la Virgen santísima. Y los acompañe siempre mi bendición, que con gran afecto les imparto a ustedes y a todos los inscritos a vuestra Milicia” (Juan Pablo II, *Discurso a los miembros de la “Milicia de la Inmaculada”*, 18 octubre 1981, 4).